

Gracias por escucharme. Soy consciente de que esto es una imposición, pero cuando me enteré de que Mark estaba organizando una fiesta y me dijo que te había invitado, me pareció que era el momento perfecto. Hay otras cosas de las que también quiero hablarte, aunque eso puede esperar a la próxima vez que nos veamos. Es una pena que no hayas visto el cuadro original (los carteles son una mierda, como todas las reproducciones), pero supongo que habrás leído las historias de cómo lo encontraron y todo eso. Son mentiras o posibles mentiras. La realidad parece ser más flexible de lo que había imaginado. De todos modos, déjame que te sitúe en escena antes de empezar.

¿Alguna vez tomaste LSD cuando eras joven? Por supuesto, ahora que lo pienso, creo que yo te proporcioné tu primer colocón, una pastilla de ácido color púrpura, y ese día nos lo pasamos caminando por Riverside Park y tuvimos aquella charla sobre las gaviotas. Divagábamos acerca de cómo sería ser una de ellas, y creo recordar que tú proyectaste tu conciencia hacia una de esas aves y sobrevolaste el Hudson, y luego pasamos el bajón en tu apartamento. Fue justo antes de las vacaciones de primavera del último curso. Después, cuando te pregunté qué te había parecido, dijiste que estuviste todo el tiempo deseando que se te pasara el efecto. Ya, por supuesto que sí...

Y a eso voy: aquello significaba que tú eras consciente de que estabas colocado, sabías que estabas alucinando, a pesar de que las alucinaciones pudieran parecer-

te muy reales. Una vez (no sé si ya te he contado esto) me tomé un ácido y dio la casualidad de que llevaba conmigo una púa de guitarra de carey y me pasé la mitad de la noche mirándola. Sus vetas, con diferentes tonos de marrón, cobraron vida y dibujaron ante mí toda la historia del arte occidental, desde las cuevas de Lascaux, a la escultura cicládica, los griegos, Giotto, Rafael y Caravaggio hasta llegar a Cézanne, y no sólo eso, me reveló incluso el arte del futuro, las formas e imágenes que surgirán de los estériles páramos de la posmodernidad para generar una nueva era dentro del gran espectáculo de la creatividad humana.

Y, por supuesto, después de eso, no veía la hora de chutarme otro colocón, así que, el siguiente fin de semana, ordené delante de mí todos mis útiles pictóricos, sostuve en una mano la púa de guitarra, me metí una dosis del carajo y nada. Peor que nada, porque la púa de guitarra no dejó de ser lo que era, un pedazo de plástico barato, pero había una presencia maligna en la habitación, como un orondo muñeco de la levadura Pillsbury, negro y gigantesco, que me tenía aplastado y asfixiado bajo su peso y que se reía de mí porque todo el asunto de la púa había sido una treta suya para obligarme a hacer otro viaje con ácido y así poder *comerme*.

¿Te acuerdas de Zubkoff, mi antiguo compañero de habitación? ¿El estudiante de Medicina? Seguro que lo recuerdas. El tipo que estaba todo el tiempo encerrado en su cuarto estudiando. ¿Te acuerdas de que lo llamábamos el Hongo Mágico? He vuelto a saber de él por pura casualidad. Ahora es un científico que se dedica a la investigación. Yo participé en un proyecto dirigido por él que estudiaba el efecto de las drogas como potenciadoras de la creatividad.

¿Alguna vez te preguntaste cómo funciona tu cerebro? ¿Te has planteado, por ejemplo, de dónde provienen las ideas? O sea, ¿de *dónde* proceden? Ideas que son total-

mente nuevas, como la relatividad o la utilización de la perspectiva en la pintura. O, ¿por qué hay gente tan creativa mientras que hay otra que es negada? De acuerdo, conociéndote, es probable que nunca te lo hayas planteado.

Pero es algo que a mí siempre me ha fascinado, la pregunta que contiene todas las preguntas, y, además, yo deseaba con toda mi alma volver al asunto de la púa, quería ver lo que venía a continuación. Es decir, la siguiente fase del arte occidental. Todavía no acabo de creer que todo quede reducido a esta nada cotidiana que vemos, enormes esculturas *kitsch* con personajes de dibujos animados, papel pintado, máquinas tocadiscos, cadáveres disecados y bolsas de tintorería amontonadas en el rincón de una habitación blanca y, encima, «Éste es gallo». Ya sé que puedes decirme, claro está, que las cosas evolucionan, que los europeos dejaron de hacer arte figurativo durante mil años y que luego empezaron de nuevo. Que la poesía épica estuvo en el corazón mismo de la literatura universal y luego dejó de escribirse. Puede que haya pasado lo mismo con la pintura de caballete. Además, ahora tenemos el cine. Pero entonces habrá que plantearse por qué el mercado del arte es tan gigantesco. La gente *quiere* pinturas y lo único que se le ofrece es toda esa horrible mierda. Tiene que haber alguna forma de evitar que te arrastre ese implacable torrente de innovación, como lo llamó Kenneth Clark. Algo que también mi padre solía decir.

Vamos a ver, lo que uno tiene que cuestionarse de verdad es: ¿nos gustan los antiguos maestros porque son antiguos y raros, porque son una buena inversión, un dinero fácilmente transportable, o nos gustan porque nos proporcionan algo precioso y valioso ad eternum? Si fuera esto último, ¿por qué no seguimos sus pasos? De acuerdo, ya sé que hoy en día nadie sabe dibujar, pero aun así...

Me he desviado del tema. Volviendo a Zubkoff, un día me llamó. Me dijo que estaba dirigiendo un pro-

yecto en la Facultad de Medicina de Columbia y que contaba con muchas subvenciones del gobierno, del Instituto Nacional para la Salud Mental o algo así, para explorar el efecto de las drogas en la potenciación de la creatividad humana. Estaban trabajando con estudiantes de pintura y de música y querían contar también con algunos artistas que tuvieran más años para ver si se presentaban variaciones con la edad. Y pensó en mí. Bueno, me dije, droga gratis. No tuvieron que insistirme mucho.

Me presenté como voluntario y de esa forma empezó todo. Estoy seguro de que, a estas alturas, te estarás preguntando por qué el viejo Wilmot aparece de pronto, después de tantos años, y me suelta todo este rollo. Porque no tengo a otro. Eres el único que me conoce y a quien no le importo demasiado y, gracias a eso, me seguirías la corriente si estuviera chiflado. Ya sé que suena un poco brusco, pero es la verdad. Y puestos a ser sinceros, te diré que, de toda la gente que conozco, tú eres el que tiene una mayor noción de eso que se llama realidad. Careces de imaginación. Vuelvo a pedirte disculpas por soltar-te este rollo. Me muero de ganas por saber lo que estarás pensando.

«Déjame que te sitúe en escena», qué frase tan interesante, nos recuerda que nuestra vida es como una obra de teatro: primer acto, segundo acto, tercer acto, *telón*. Entonces empezamos cuando yo tenía veintiún años, nada más salir de la universidad. ¿Alguna vez te preguntaste cómo conseguí licenciarme en Arte? ¿Cómo lo hice después de suspender tres cursos? Eso mismo se preguntaba mi tutor. «Bueno, señor, las reproducciones me ponen enfermo. No puedo ni mirarlas. Tampoco puedo escribir sobre pintura, usar las palabras me parece un mal chiste.» Me llevó tres años aprender a engañar a todos, y si no hubiera sido por Slotsky también hubiese suspendido los siguientes cursos. Era un genio escribiendo trabajos sobre arte. Ese Slotsky... Si en los museos colgaran ensayos de

arte de una extensión de mil doscientas palabras, Slotzky sería considerado uno de los grandes maestros de nuestra generación.

Yo vivía en la casa de mi familia en Oyster Bay, hogar dulce hogar, y no hacía más que pensar cómo hacer para marcharme de allí antes de acabar suicidándome o matando a mi padre. No sé si te lo he mencionado alguna vez, pero mi viejo tenía un pequeño problema.

Había vuelto a perseguir sin tregua a Kendra, la doncella, a pesar de que era casi deforme. ¿Cómo podía hacer algo así? Quizás ya ni siquiera veía a las mujeres tal y como eran. Todavía era peor antes de que mi madre decidiera contratar ella misma a la servidumbre, aunque eso ya le da igual, pero todas se marchaban y, claro, en aquellos tiempos mi madre no podía prescindir de una criada puesto que era incapaz de arreglárselas sola.

Recuerdo que un verano me invitaste a casa de tu tía y después te habrás preguntado por qué no te devolví la invitación. Bueno, mi padre fue una de las razones. Puede que delante de un invitado se hubiese comportado con corrección (en público siempre tuvo sentido del decoro), pero yo no tenía ganas de correr riesgos. Y la otra razón: hay retratos de mi madre desnuda en cada puñetero rincón de la casa. Aunque no deja de ser interesante observar la evolución, desde una sílfide prerrafaelita (mi cuadro preferido, por decirlo de algún modo, ahí tenía un par de años más de los que yo tengo ahora, y aparece desnuda, con una larga melena bajándole por la espalda, recostada contra la pared, mirándote directamente a los ojos: ¿verdad que soy bella?) hasta una Venus clásica. Después siguen la versión de Tiziano y, por último, la de Rubens. Luego mi padre dejó de pintarla o quizás mi madre dejó de posar para él. No sé cuánto llegó a pesar aquel verano, unos ciento ochenta o doscientos kilos. Yo ya no soportaba mirarla. En el fondo se vengó de mi padre de una forma autodestructiva, al estilo Dorian Gray.

De todos modos, tendrías que verme, intentando pasar desapercibido en aquella enorme casona, llena de ecos, lamentándome por no tener los huevos necesarios para unirme a alguna secta, de esas que te marcan la frente, o maquinando ideas estúpidas. Al final, decidí que no acabaría siendo un juguete de mi padre, que no arruinaría mi vida como acabó haciendo mi madre con la suya. ¿Por qué no lo dejaba? Nunca lo entendí y no era porque mi madre no tuviera dinero.

Su padre, o sea, mi abuelo materno, había amasado una fortuna fabricando cambia agujas para las vías de ferrocarril. Toda esa complicada maquinaria electromecánica que transmite la corriente a los interruptores apropiados en las vías férreas, a lo largo de todo su recorrido. Incluso había algo que llevaba el apellido de mi abuelo, algo llamado empalme Petrie, y que se usaba en las comunicaciones telefónicas. Justo después de la guerra, la Westinghouse le compró su parte por unos treinta millones de dólares, una suma muy importante para aquella época. Mi abuelo murió cuando yo tenía siete años, pero a mi abuela llegué a conocerla bastante bien.

La abuela Petrie era todo un personaje, una mujer hermosa y estúpida, siempre preocupada por el aspecto de su peinado. Vivió con nosotros durante doce años, después de la muerte del viejo, y con el paso del tiempo estaba cada vez más boba y más preocupada por la Iglesia y la vida en el otro mundo. Bien mirado, no dejaba de ser un pequeño drama dickensiano que se desarrollaba a orillas de la bahía desprendiendo un aroma decimonónico a lavanda. Por supuesto, mi padre siempre andaba revoloteando a su alrededor, más falso que Judas, siguiéndole la corriente con sus gilipollices religiosas, atendiendo a monseñores gordos aquí y allá, procurándonos una educación cristiana, incluidos colegios católicos y todo ese rollo. A Charlotte la enviaron, por supuesto, al Sagrado Corazón y a mí a Columbia porque mi viejo había estudiado allí,

en lugar de mandarme a una escuela de arte decente, que es lo que tendrían que haber hecho. Mi abuela no me quería demasiado. Su preferida era Charlotte. Solían sentarse juntas durante horas a rezar el rosario o a mirar sus abultados álbumes de fotos encuadrados en piel. Yo le preguntaba a Charlie cómo conseguía soportarlo y ella me contestaba que lo hacía por caridad cristiana, porque era una anciana solitaria que necesitaba compañía y después de un tiempo aprendí a no burlarme de ella y acepté como algo natural que mi hermana fuese dos personas totalmente distintas a la vez: la monjita silenciosa y la marimacho con pantalones cortos y camiseta que no dejaba de pelear conmigo en la playa o remaba en nuestro bote, siempre cubierta de arena que esparcía por toda la casa.

Cuando murió, me refiero a mi abuela, quedó claro que tanta adulación no le sirvió a mi padre de nada. Legó casi todas las propiedades a la Iglesia y nos dejó unas pensiones vitalicias a mí (una pequeña), a Charlotte (una mayor) y a mi madre. A mamá le tocó la casa. En el testamento decía que esperaba que Charlotte siguiera su vocación y abrazara la vida religiosa.

Aquella escena ha quedado grabada en mi memoria: todos nosotros sentados en círculo mientras escuchábamos al abogado leer en voz alta el testamento de mi abuela, vestidos de luto riguroso, como si estuviésemos en 1880. Cuando leyó aquella parte, levanté la mirada al techo y le di un codazo a Charlotte, que estaba a mi lado, esperando que ella me lo devolviera, pero no lo hizo sino que giró la cabeza y me miró. Vi algo en su mirada, en el fondo de sus ojos, que me heló la sangre.

Me pregunto por qué mi padre nunca abandonó a mi madre, por qué nunca se buscó una amante de verdad, con aspecto afrancesado, que viviera en un apartamento de Manhattan, como a él le hubiera gustado. Recuerdo que lo observé cuando se enteró de que no iba

a heredar ni un céntimo, cuando se dio cuenta de que estaba condenado a vivir con nosotros más o menos para siempre. Se quedó pálido, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Lo cual no dejaba de tener su gracia puesto que, para entonces, tenía unos ingresos muy saneados, estaba en la cumbre de su carrera y era bastante famoso, una suerte de Rockwell de segunda fila. Podría haberse marchado, pero no lo hizo, siguió metiéndole mano a las doncellas y a todas las féminas del lugar, desde las camareras hasta las cajeras del supermercado.

Pero una vez la amó; no se puede pintar a una mujer como él lo hizo a no ser que la ames. Al menos yo no podría. Y además, están las fotografías. ¡Dios mío, vaya si hay fotografías! Mis padres se conocieron el verano anterior al comienzo de la guerra. Los dos estaban en la Asociación de Estudiantes de Arte, él era profesor y ella era una alumna que disfrutaba de un verano bohemio antes de sentar cabeza y empezar a salir con algún joven católico y de buena familia. Creo que mi padre la volvió loca a base de puro talento. Seguro que a los Petrie no les gustó nada cuando ella le llevó a casa aquel verano, un pagano paupérrimo y sin familia. Pero mi madre podía ser muy testaruda si se lo proponía y era la niña de papá, su única hija, algo parecido a una desgracia para una familia católica, me refiero a tener sólo un hijo, ¿qué tendrán en la cabeza? Mi padre se convirtió al catolicismo, por supuesto, y acabó siendo más papista que el Papa; también sabía ser encantador cuando quería, conquistó al abuelo Petrie, pero nunca a la abuela, como después quedó demostrado. Apuesto a que la abuela llegó a rezar para que una bomba japonesa resolviera sus tribulaciones. Sin embargo, mi padre regresó de la guerra, se casaron, se hizo famoso, nació Charlotte, después mi madre tuvo un par de embarazos malogrados, tuvo otra hija, que murió de polio a los dos años, y luego nací yo. Y eso es todo.



Ahí la tienes, mi triste historia (o al menos la historia que yo recuerdo), para que quede constancia, para que quede grabada en este disco. ¿Por qué nadie se molestó en contármela nunca? Yo oía versiones de unos y otros, pero ¿a quién creer? O lo que es más importante, ¿cómo olvidarla?

Al final, pergeñé un plan para irme a Europa (viajar como solución a todos los males es algo siempre atractivo a esas edades). No obstante, no tenía suficiente dinero y creo que mi padre nunca me dio ni un céntimo de su bolsillo, a pesar de gastar un montón en sí mismo. Supongo que daba por sentado que yo me quedaría con él. Tenía la peregrina idea de que padre e hijo haríamos algo juntos, al estilo de los Wyeth o los Bassano, un pequeño taller en medio del desierto cultural de Long Island. Incluso decía que yo podría ocuparme de los retratos de menor importancia o quizás de los encargos de anuncios de bebidas alcohólicas. Luego resultó que mi padre se entusiasmó con mi viaje y me brindó toda su ayuda. Eso era lo que te desconcertaba del muy cabrón, cuando estabas convencido de que el tipo era incapaz de pensar en otro ser humano que no fuera él mismo, de pronto hacía algo así; me dijo, quédate todo el tiempo que quieras, sólo se es joven una vez en la vida y no te olvides de usar condones.

Por supuesto, antes lo había consultado con mi madre y ella me había dicho, pregúntaselo a tu padre. Yo no lo podía creer, encontrarme allí en medio de su habitación intentando evitar las arcadas por la peste a desinfectante y a podrido que salía de sus pies. Mi madre tenía la boca totalmente torcida a causa de un derrame cerebral y casi no se le veían los ojos en su cara hinchada por la gordura. Pregúntaselo a tu padre.

Evidentemente no lo hice. En lugar de eso, me emborraché, me bebí media botella de bourbon y caí redondo en el cuarto de baño del piso de abajo, en medio

de un charco de vómito, qué encantador. Allí fue donde me encontró mi padre y me limpió. ¿Qué intentaba demostrar? ¿Que en el fondo él me quería más que ella? ¿Que había ganado la guerra de los Wilmot? Es igual, a la mañana siguiente mi padre me firmó un cheque por cinco mil dólares y hablamos sobre lo que tenía que visitar, nos quedamos horas en su estudio charlando sobre los museos, sobre Londres, París, Madrid, Roma, Florencia, el mismo viaje que hicimos juntos cuando yo tenía nueve años, cuando vi las colecciones de arte europeo por primera vez.

Aquella primera vez con mi padre nos alojamos en el Ritz de Madrid (¡Dios mío, sí que despilfarraba el dinero en aquellos años de bonanza!) y todo el mundo era simpatiquísimo conmigo. Yo creía que era sólo por mi cara bonita, porque era un niño genial, hasta que Charlotte me aclaró las cosas. Pasé una vergüenza enorme delante de ella, aunque nunca lo reconocí. Mi hermana odiaba aquel estilo de vida y, ahora que lo pienso, creo que fue entonces cuando empezó a visitar iglesias y conventos, incluso insistió en que fuéramos a Ávila, tras los pasos de Santa Teresa.

Cuando volví a repetir el periplo europeo a los veintiún años, no me alojé en el Ritz sino que me quedé en un hostel de una estrella situado en un tercer piso en la calle Amor de Dios esquina con Santa María, un lugar que estoy seguro de que Charlie aprobaría y que quedaba a menos de diez minutos a pie del Museo del Prado. No había vuelto a ese museo desde que tenía nueve años, pero fue como si sólo hubiera estado ausente unos minutos. Todos los cuadros seguían en el mismo lugar, aunque mi mirada había cambiado. Estaba contaminada por varios cursos de arte y yo sabía que nunca volvería a experimentar la tremenda conmoción de la primera vez que

entré allí, puesto que, por principio, mi padre no tenía reproducciones de obras de arte en casa, ni siquiera un libro de pintura sobre la mesita del café. Nada que pudiera contaminar la mirada prístina del pequeño Chaz. Mi padre me hizo entrar en la sala principal por la puerta de atrás, a través de las otras salas plagadas de lóbregas mediocridades de finales de los siglos XVII y XVIII, pinturas oscuras y recargadas, hasta que llegamos a la sala número dieciséis donde se encontraba *La rendición de Breda*, el primer cuadro de Velázquez que vi en mi vida. Me hubiera pasado años mirándolo, aquel soldado holandés que dirige la vista fuera del cuadro con aire indiferente (¿cómo se le ocurrió a Velázquez hacer eso?) y la forma en que estaban colocadas las lanzas, simplemente perfectas, pero mi padre no me dejó quedarme, me agarró del brazo y me arrastró a través de las salas cuajadas de retratos y profetas en el desierto, como aquél con el magnífico pájaro negro suspendido en un aire casi tangible, y al fondo de la gran sala, el sanctasanctorum, la Sala Doce, giramos de golpe hacia la derecha y allí estaba *Las meninas*.

La escuela de la pintura, como lo llamó Manet, opinión con la que mi padre estaba absolutamente de acuerdo. No cabía la menor duda de que era lo mejor que nadie hubiera pintado al óleo jamás. Me dijo, y le creo, que la primera vez que vi *Las meninas* me quedé boquiabierto y me llevé las manos a las mejillas como en una versión infantil de *El grito* de Munch. Aquella primera impresión fue tan maravillosa como la que experimenté cuando vi el Gran Cañón o la Estatua de la Libertad, pero más aún, porque había oído hablar de aquella obra de arte toda mi vida y nunca había visto siquiera una postal de ella. Me quedé allí delante, procurando no echarme a llorar y hacer un papelón mientras mi padre me hablaba.

Se supone que los niños de nueve años no reaccionan así ante un cuadro pero, por lo visto, yo era una especie de versión distorsionada de un niño prodigio.

¿Puedo recordar algo de lo que dijo mi padre? Quizás hoy estén entremezclados en mi memoria los ensayos sobre crítica de arte que estudié en la universidad. No hizo ningún comentario histórico. Más bien, expresó la admiración de un pintor ante un genio. Me hizo observar la luz que entraba por la ventana desde el lado derecho de la composición, la forma en que se reflejaba y brillaba sobre el marco de la ventana. Vermeer forjó toda su carrera de pintor a partir del brillo de la luz sobre la superficie pintada, me dijo, y nunca logró hacer nada que pudiera compararse con aquello. Sin embargo, Velázquez lo había hecho como de pasada, como si hubiese añadido un toque final.

Y me habló de cómo Velázquez jugaba con la realidad visual de una forma que no volvería a verse en el arte occidental hasta mediados del siglo XIX. De hecho, dijo, todo lo que Manet llegó a saber de las tonalidades poco contrastadas y del dibujo con trazo limpio lo aprendió de *Las meninas* y afirmó que hasta el siglo XX no hubo nada que pudiera equipararse al tratamiento difuminado de la enana, que parecía sacado de un De Kooning o un Francis Bacon.

Y en el centro de la composición, la infanta, la niña perfecta y terrible al mismo tiempo, la niña más importante del mundo, con esa expresión desgarradora de orgullo y terror en su rostro; las dos damitas de honor, las meninas; una magníficamente pintada, como la infanta, la otra, congelada en un plano angular, como si fuera una muñeca de madera, un pequeño Cézanne *avant la lettre* (¿por qué?, mi padre no supo decírmelo; era un misterio); la monja que susurraba algo por lo bajo y la figura que aguardaba al fondo en una gloria de luz amarilla bajo el umbral de la puerta (¡aterrador! Pero ¿quién sabe por qué?). Y luego la insignificante imagen del rey y la reina en el polvoriento espejo; y todos los movimientos y gestos de aquella enorme composición dirigiendo nuestra mi-

---

rada hacia el personaje de bigote y atuendo negro, con la cruz de una orden de caballería en el pecho, que aparece de pie con gesto calmo, sosteniendo una paleta y unos pinceles en la mano. Mi padre me dijo que Velázquez nos está diciendo, yo he creado todo esto, he robado este momento al tiempo, así es como Dios ve el mundo, cada instante es una eternidad, y cuando los enanos, el perro, la monja, las damas de honor, la familia real y todos sus criados se hayan convertido en polvo y caído en el olvido, este cuadro vivirá y vivirá para siempre, y fui yo, Velázquez, quien lo pintó.